

Injusticia inútil.

1-183

1

("Las Noticias", Barcelona, 5 setiembre 1899).

Injusticia inútil

Es una triste cosa lo de que no sepamos afirmarnos sin negar al prójimo, y que toda obra de amor lleve aparejada otra de odio.

Es la reflexión que me ocurre cada vez que á mí, que sigo con atención y simpatía los movimientos regionalistas de España, me llegan á este hermoso rincón de la noble Castilla, en que hace ocho años vivo, injustos cargos hacia el pueblo castellano, que no es el que menos sufre del centralismo que implantaron en España sus representantes históricos.

Uno de los efectos más saludables que habría de traer á España el triunfo de las tendencias descentralizadoras, es que se estudiase con mayor seriedad de espíritu al pueblo castellano, y haciéndole justicia, se le amara á pesar de sus defectos y hasta merced á ellos.

Otra vez lo he dicho; no es Alonso Quijano el Bueno, el fondo eterno del pueblo castellano, su base social, el alma de sus campesinos, quien menos ha padecido bajo las magnánimas locuras de don Quijote, empuñado en arrastrar á su concepción el mundo.

Ha sido siempre, sin duda, la casta castellana una casta dogmática y enamorada de la unidad, poco capaz de sentir el matiz ni la media tinta, muy poco flexible, pero no se la puede tachar, sin injusticia, de egoísta. ¡Habrá intentado sacrificar á otros pueblos á su ideal de la vida, sin comprenderlos ni intentar penetrar en su espíritu, pero á sus intereses no!

Fué Castilla el pueblo de España, á quien sobre todo se deba el descubrimiento y conquista de América; de Castilla salieron los más de aquellos homéricos conquistadores que tejieron en el Nuevo Mundo una epopeya portentosa. Dió su sangre para ganar aquellas tierras, y no ha sido ni la única ni la que más de ellas se ha lucrado.

Si fuese la inteligencia tan sólo lo que da la predominancia y la hegemonía en el mundo, es dudoso que hubiera sido el castellano el pueblo que dirigiese los destinos de España. Pero es el hombre más hombre, no el más inteligente, ni el más laborioso, ni el más rico, ni el más docto el que se impone.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES

A.5.2 / 224

Entre los pueblos se impone el que no se limita á querer vivir y prosperar y enriquecerse y hacerse más fuerte que los demás, sino el que saliéndose de tal egoísmo—porque lo es—tiene un ideal hacia fuera, con objetivo, el que se propone una misión que cumplir, sea la que fuese.

No llegaron jamás á sobreponerse de veras aquellas arrogantes repúblicas italianas, basadas en el comercio, cuyo fin colectivo se cifraba en enriquecerse y gozar de la vida, y si los pueblos austeros que se propusieron algún empeño «ad extra», fuese el que fuese, los que trataron de imponer á otros sus ideales, sus dogmas ó sus creencias. De todo puede culparse al inquisidor menos de egoísta.

Claro está que el que trata de imponerme su espíritu, tal vez á sangre y fuego, el que quiere salvarme á pesar mío, aunque sea á tizonazos, me molesta más y me es odioso que quien me explota con suaves medios, pero yo, por mi parte, cada vez que en ello pienso con calma, acabo por cobrar, por debajo de la repulsión primera, cierto amor á aquel, mientras que respecto al segundo mi indiferencia puede trocarse en menosprecio. Para el uno soy un hombre; para el otro no soy más que un consumidor.

Aun hoy es odiado en Holanda el nombre del español que se empeñó en hacer católicos por la fuerza á los tozudos y sólidos neerlandeses. Don Quijote fué brutal y maltrató á mucha gente.

Cuando la obra que los tiempos requerían era la de forjar las grandes nacionalidades y encauzar á los pueblos por cami-

nos de unidad, Castilla, la casta impositiva y dogmática, se impuso en España. Y llevó á cabo su labor. Hoy que la labor está hecha, hecha para siempre, asentada en tradición inconvencible, es notoria injusticia que calumnien á esa casta, sin conocerla, los que piden que se vivifique su obra, que no es otra cosa, lo que el regionalismo pide.

No hay que negar á los demás para afirmarse, ni menos calumniar al prójimo para sincerar la propia conducta. En punto a regionalismo voy donde vaya el que más, pero creyendo que las doctrinas de diferen-

ciación deben brotar de un luminoso sentido histórico, creo también que este sentido tiene que llevarnos á justificar la historia, y á ver que siempre que un pueblo se ha sobrepuesto á otros, es porque, dado el tiempo y las circunstancias, debió sobreponerse á ellos. El progreso no tiene más que una línea; la que ha seguido.

Lo que es hoy soberanamente ridículo y puerilmente necio, es hablar de tiranía de Castilla. ¡Pobre Castilla! Pero esto debe quedar para otro artículo.

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USALES

A.5.2/224